

EL GABINETE LITERARIO

JUEGOS FLORALES

1961



LAS PALMAS

G
1.7
E

EL GABINETE LITERARIO

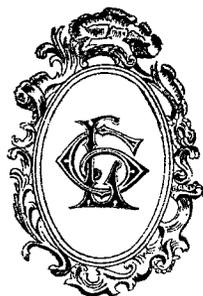
*Al simpático e intelectual
restaurador de la cultura, como recuerdo de
un grato momento en nuestra casa social*

25/1/65

Manuel G. Riera

JUEGOS FLORALES

1961



LAS PALMAS

Depósito Legal G. C., 1.057—1962

CONVOCATORIA

PRIMERA: Se convoca a los poetas naturales del Archipiélago Canario, o con residencia en cualquiera de sus islas por más de diez años, al Certamen Poético de los Juegos Florales de 1961, organizados por «El Gabinete Literario» de Las Palmas de Gran Canaria.

SEGUNDA: Se instituyen tres premios: Un primer premio, equivalente a la Flor Natural, de 10.000 pesetas.

Un segundo de 7.500 pesetas.

Un tercero de 5.000 pesetas.

TERCERA: Los aspirantes al primer premio deberán presentar poemas, tantos como quieran, con libertad de metro y rima, pero con asunto en el que se exalten los valores espirituales o simbolismo del Archipiélago o de la Isla de Gran Canaria.

Habrà libertad de asunto, metro y rima para los aspirantes al segundo y tercer premio, cada uno de los cuales podrá también presentar el número de poemas que quiera.

CUARTA: En relación al primer premio los poemas podrán ser de un solo canto o de varios, en la forma que libremente escoja el autor, con tal de que las diversas partes tengan conexión con el tema. Su extensión no podrá ser menor de cien versos.

QUINTA: Los poetas que se presenten al Certamen deberán enviar sus poemas, sin firma por duplicado, bajo sobre cerrado y lacrado distinguido con un lema. A ese sobre se acompañará otro, igualmente cerrado y lacrado en el que se encerrará una hoja en la que se indique claramente el nombre, apellidos y dirección del autor de la composición. En el primero se hará constar bajo el lema la siguiente inscripción: «Obra para el Certamen Poético de los Juegos Florales de 1961», y en el segundo la que es a saber: «Complemento a la plica distinguida con el lema», poniendo el que se haya escogido.

SEXTA: Los concursantes que aspiren al primer premio deberán, asimismo, expresarlo así en la plica que contiene la obra con la siguiente inscripción: «Optante al primer premio».

SÉPTIMA: Los premios no podrán ser declarados desiertos. Pero si ninguno de los poemas optantes al primer premio se considerase digno del galardón en razón al tema impuesto, se incrementarán los otros dos premios con la cuantía del primero.

OCTAVA: Los trabajos que se presenten al Certamen deberán ser entregados, contra recibo extendido al lema que en el sobre figure, en la Secretaría de «El Gabinete Literario» y en horas laborables hasta el día 4 de mayo a las nueve de la noche.

NOVENA: El Jurado que ha de calificar se dará a conocer oportunamente.

DÉCIMA: Los trabajos premiados serán leídos por sus autores en el solemne acto de los Juegos Florales que se celebrará en el Teatro Pérez Galdós el día 13 de Mayo.

En el mismo acto se verificará la entrega de los premios.

UNDÉCIMA: Los poemas premiados pasarán a ser propiedad de «El Gabinete Literario».

Los no premiados podrán ser retirados por sus autores, contra presentación de recibo, desde que se haga público el fallo del Jurado.

Las Palmas de Gran Canaria, 11 de Abril de 1961.

El Presidente,
MANUEL PADRON QUEVEDO

ACTA DEL JURADO

En Las Palmas de Gran Canaria a quince de Mayo del año mil novecientos sesenta y uno, reunido en El Gabinete Literario el Jurado Calificador de los trabajos poéticos concursantes a los Juegos Florales de Las Palmas del año 1961, constituido por Don Manuel Padrón Quevedo, Presidente de El Gabinete Literario, Don Saulo Torón Navarro, Don Joaquín Artiles Santana, Don Juan Bosch Millares, Don Pedro Gómez Cantolla, Don Ventura Doreste Velázquez y Don Juan Marrero Bosch, Secretario, después de analizados detenidamente los setenta y dos trabajos presentados, acordó conceder los siguientes premios:

Primer premio: equivalente a la Flor Natural, a la obra poética presentada bajo el lema «Aulaga», cuyo autor, abierta la plica, resultó ser Don Agustín Millares Sall.

Segundo premio: al trabajo presentado bajo el lema «Teguise», cuyo autor abierta la correspondiente plica, resultó ser Don Manuel Padorno Navarro.

Tercer premio: al trabajo distinguido con el lema «A.L.A.N.» cuyo autor, abierta igualmente la correspondiente plica, resultó ser Don Antonio García Isábal.

Y para su debida constancia se extiende la presente acta que firman todos los concurrentes en el lugar y fecha al principio indicados.—*Manuel Padrón Quevedo, Saulo Torón Navarro, Joaquín Artiles Santana, Dr. Juan Bosch Millares, Pedro Gómez Cantolla, Ventura Doreste Velázquez y Juan Marrero Bosch.*

PRIMER PREMIO

CANTATA A GRAN CANARIA

Por AGUSTIN MILLARES SALL

I

*DABAN las ocho, y eran como rayos
las campanadas dentro del oído,
cual flechas que atraviesan el espacio,
cual lluvia que acribilla los caminos.*

*Eran las ocho en este meridiano
donde un trozo de mundo desprendido
recibe el sol, dejado de la mano,
venciendo por sí solo los peligros,
prolongando su suerte de milagro.*

*Daban las ocho un día de aquel año
en que estirando la atención me miro,
a los cuarenta y tres años cerrados,
con la sorpresa del primer latido
aún transitando por la flor del parto.*

*Eran las ocho y yo me vi nacido
queriéndote encontrar tras el relámpago,
midiendo el precipicio
consecuencia del caos,
oriundo del abismo,
con las pupilas todavía en blanco.*

*Daban las ocho y me escondí en tus brazos,
escuché el mar y me sentí mecido,
pensé en tu arena y me encontré abrigado,
busqué tus montes y me vi crecido,
probé tus aires y acabé cantando.*

*Nací a las ocho, al agotarse el plazo
que tus lunas me habían concedido.
Nací a las ocho y me bebí de un trago
el azul que hoy embriaga mis sentidos,
Nací a las ocho y me dijiste: Andando.*

*Nací a las ocho y te ofrecí mi llanto
transparente, de niño,
y no corrió el barranco,
y te dejé con el sabor de un río
mordiéndote el pellejo de los labios.*

*Nací a las ocho, en el momento exacto
en que tú aventurabas los suspiros,
como un pastor sin perro su rebaño,
por el día recién amanecido.
Nací a las ocho y me dijiste: Andando.*

II

*GRAN CANARIA,
yo no sé en qué materia está tu nombre
con desvaído trazo, ni a qué rama
geológica los rasgos de tus montes
pertenecen, ni a qué azul horizonte
tus plumas desplegadas.*

*Sólo sé que de mí salen tus voces
como antaño surgiste tú del agua,
y que entera al alcance te me pones
para que pueda verte hasta la llama.*

*He volcado contigo mis campanas,
y mis ciegas palomas interiores
en tu honor han volado día y noche.
(No correrás la suerte de la plaza
que, después de ser bosque
humano, en un momento sufre el golpe
de verse bruscamente despoblada.)*

*GRAN CANARIA,
te he poblado de luces los rincones,
te he cargado los brazos de manzanas,*

*te he llenado las órbitas de flores,
te he dado la salud de la mañana.*

*Me sé de cabo a rabo tus montañas,
tus crispados coágulos, tus bordes
costeros, tu extraña sed de lava,
y me sé de memoria tus colores.*

*Tú sabes que por algo soy el hombre
con barro de tu tierra en las entrañas,
y que por algo escucho tu galope,
y sostengo tus riendas subterráneas.*

*GRAN CANARIA,
no ignoraré la vida que me escondes
cuando el silencio aprenda tus palabras
y la piel se declare tu resorte.
Te elevaré aunque sea de la nada,
te haré brillar como una estrella al norte
de los íntimos cielos de mi alma,*

III

*Te digo a ti, isla mía, que ahora cierro
los ojos y no sé si estoy despierto.
Si por tu culpa debo ver dormido,
o si por el amor que por tu causa siento
me ayuda a ver el hilo
de tu delgada luz, estando ciego.*

*Te digo a ti, isla mía, que te veo
aferrada a la piel, pegada al hueso,
mecida en una cuna entre dos ríos
de sangre, devorada por dos pechos
de imposible equilibrio,
apacentando nubes y recuerdos.*

*Te digo a ti, isla mía, que te envuelvo
porque te siento andar como alma dentro
de esta morada donde enhebro el silbo
y hago del habla un trágico instrumento
para dar fe del hombre y dar contigo
en abrazo, si cabe, más estrecho*

*Te digo a ti, isla mía, porque vuelo,
que si una tarde un ala me dio viento,
yo te llevé conmigo;*

*que si otra vez un luminoso sueño
me llevó, disparando mis sentidos,
al corazón de una galaxia en celo,
tú también devoraste mis caminos.*

*Te digo a ti, isla mía, que ahora temo
distanciarme de ti, sentirte lejos,
perderte tras la niebla en algún sitio.*

*Te digo a ti, isla mía, que no quiero
abandonarte más por si me muero
y para siempre pierdo en ti ese nido
que las aves me han hecho,
a la medida de mi largo grito,
en la raíz amada de tu suelo.*

IV

*Tapo la boca del insomnio oscuro,
echo la llave a la corriente amarga,
cierro el torrente súbito
del entusiasmo azul de las palabras,
y el temporal clausuro.*

*Hoy te quiero a ti sola, Gran Canaria,
oh, tierra mía, que me has dado en fruto,
que me has parido como das el alba
en los instantes trágicos del lulo.*

*Hoy te quiero a ti sola, en cuerpo y alma,
midiéndote los años uno a uno,
cargándote de nubes las espaldas,
tragándote el volcán que Dios te impuso.*

*Hoy te quiero abrazar con la mirada,
medir con el amor con que desnudo
al trasluz tu relieve entre dos aguas,
cual si quisiera dispersarte el humo
y pretendiera desangrarte en llamas.*

*Yo te llamo a sonar en la garganta
donde suena el milagro y se hace público,
donde no hay sol que oculte su esperanza,
donde no hay flor que niegue su saludo.*

*Tierra mía, te nombro y no te nombro,
te digo y no te digo que eres mía.
No es preciso decir dónde la espiga
tiene su corazón, dónde está el fondo
de su entrega constante y sin medida,
dónde la roca es manantial de asombro,
dónde eres tú mi despertar más hondo,
dónde guardas mi próxima alegría.*

*Tierra mía, me vi con dos heridas
al nacer, anegándome los pómulos,
y fue una curva mi primera línea,
el plan de aquel contorno
inocente, casi una sinfonía
en tiempo de reboso,
sintiendo en sus orillas
el colérico impacto de unos toros,
el mensaje de España cada día.*

*Tierra mía, no sé dónde te pongo,
porque te he puesto siempre muy arriba.
no sé la cima dónde te coloco
porque no alcanzo a verte en esa cima,
porque no veo más desde estos hoyos,
con estas tristes y dvidas pupilas
que sólo logran despegar del polvo
cuando hacia dentro, hacia su fondo miran.*

*Tierra mía, de más allá del odio,
de más allá del rayo que fulmina,
de más allá del pez sobre tus hombros,
de más allá del mar que te perfila:
yo imagino aquel parto bien sonoro,
aquel caballo ciego que relincha
y que emerge encendido, puesto al rojo,
de aquella cruel reyerta submarina.*

*Me imagino la boca de aquel horno
que te escupió de soledad vestida,
salpicada de cueros y despojos,
desamparada de la humana brisa.*

Me imagino la furia del demonio

*cuando se tuvo que apretar la ira,
sintiéndote escapar, salir del todo
cargada hasta los topes de ceniza.*

*Tierra mía, te nombro y no te nombro,
te digo y no te digo que eres mía—
No hace falta que diga
donde encuentro y recojo
el volcánico fuego que me anima;
en qué hueco se esconden mis sollozos,
en qué palmo de tierra pongo el ojo,
en qué sitio del mundo mi alma viera.*

*Yo soy paloma de tus cielos rotos,
yo soy espuma de la mar que abriga
tu siempre arrinconado territorio,
yo soy el aire en flor que te bautiza.*

*Yo seré siempre el astro de tus polos,
el canto que en la historia te consigna,
la pluma que te nombra con decoro,
el sueño que se alegra de ser isla.*

*Yo consumo los fuegos en tu elogio
y agoto el manantial de mi saliva
en un esfuerzo máximo y premioso
para cantar el árbol de tu vida.
Y de nuevo me oculto en el anónimo,
con la piel de la furia descosida,
dejándote abonada y con semilla
del sueño más sonado y numeroso.*

SEGUNDO PREMIO

CUANDO ERA NIÑO

Por MANUEL PADORNO NAVARRO

*CUANDO era niño tenía que jugar forzosamente,
saltar, correr mañana y calle,
arena y tarde.*

*Tantos como éramos por allí
donde tuvimos que vivir mañana y tarde y noche.*

*Todos juntos crecíamos,
tuvimos más edad, unos más altos,
otros más bajos,
se nos crecía la columna, el fémur, la ceguera.*

*Jamás faltaba nadie por allí,
tardaba poco;
éramos veinte o treinta,
de catorce a veinte años,
jamás faltaba nadie mañana y calle,
arena y tarde:
se nos reconocía,
se nos reconocía por el habla, el deje,
el salto, el mismo traje, por la piedra,
el clavo,
se me ponía la mano sobre el hombro,
se te ponía a ti,
se nos hablaba de tú a tú porque éste era el trato.*

*Por aquel tiempo algunos fuimos callados,
otros listos, otros brutos, otros tramposos,
pero pensando que todo era temporal,
que pasaría todo aquello,
que habría que vernos luego convertidos en hombres,
en personas serias, en gentes respetables.*

*Ahora, luego: ese luego, hoy, aquel luego,
se nos reconoce, da pena, por el habla;
es terrible ser hombre,
buscar sitio,
salir de aquel muchacho,
pensar qué es esto.*

*Quedamos unos cuantos,
pero otros nos callamos, seguimos unos cuantos,
otros se han marchado,
se han ido lejos, definitivamente,
también se han ido lejos pero viven muy cerca;
cerramos los ojos,
es terrible ser hombre,
salir de aquel muchacho para esto en que quedamos,
algunos rutinarios, otros locos, otros lejos,
otros heridos, otros muertos,
otros irreconocibles,
otros acechando.*

*Cuando éramos niños teníamos casi que jugar forzosamente;
luego -ahora-,
tenemos casi que recordarnos cómo éramos
para seguir a ver qué pasa con nosotros
qué habrá de sucedernos,
dónde clausurarnos,
en qué nicho enterrarnos.*

*Luego -ahora-,
esto de aquí es ser hombres, cada sueño está hecho,
cada cual sigue -ahora-,
sin excusas
mañana y calle,
arena y tarde,
pasando a ver, siguiendo a ver,
pensando a ver qué pasa con nosotros
en esta vida,
en esta tierra,
si esto también
habrá de ser por poco tiempo o ya
por todo el que nos queda,
a ver qué pasa con nosotros,
dónde parar,
qué habrá de sucedernos,
unos callados, otros locos, otros rutinarios,
otros acechando, otros muertos.*

TERCER PREMIO

P O E M A

Por ANTONIO GARCIA ISABAL

*HOY he podido romper los vidrios manchados,
y me he lanzado, como un dardo, al corazón de los hombres.*

*Y mientras mis pasos, dotados de la lentitud de la belleza,
me llevaban por las calles de mi ciudad,
donde los hombres se convierten en labradores de mentiras,
y mientras mis ojos se metían en los de los ojos que pasaban a mi lado,
perforando la carne, los huesos,
y el silencio,
mi corazón estaba resucitando,
resucitando lentamente,
con la lentitud de una espera ya desvanecida.*

*Y mientras mis manos acariciaban el aire de los suburbios,
apretados de penas desatendidas,
y la ropa se me empapaba de la humedad salada de un puerto pobre,
donde sólo atracan pesqueros doblados, de quilla verde oculta en el coral,
yo iba encontrándome de nuevo,
iba desenterrando al hombre que ya había olvidado,
al hombre que un día enterré
creyéndole equivocadamente muerto.*

*Al hombre que un día perdió la confianza en los hombres.
Al hombre que un día perdió su fe en la belleza,
y dejó de soñar con la justicia.
Porque sólo la justicia
puede darle la mano a la belleza
y salvar a la Tierra de su Muerte Astronómica.*

*Y mientras la ciudad se convertía en un punto luminoso,
suspendido en el espacio sin astros,
mientras el campo me abría su vientre,*

en la noche más íntima,
y la hierba sollozaba lágrimas heladas, por la ausencia del hombre.
y la luna se desesperaba mirando los ojos recelosos de la Tierra,
y los labriegos soñaban trilladoras,
y las campesinas estériles les cantaban su nana a los corderos,
dormidos en sus brazos ansiosos del beso definitivo,
yo iba hacia mí, con las manos caídas, ingravidas
más atraídas que nunca por la Tierra,
con mis pasos lentos, lentísimos pasos,
hacia el hombre que un día enterré,
creyéndole equivocadamente muerto.

Porque hoy sé que la belleza puede reconquistar al Mundo
y que sólo la Belleza es para los justos.

Y por eso ansío llegar al lado de aquel hombre,
de aquel hombre recién nacido,
pero ahogado ya por el aliento de otros hombres.

Y por eso quiero llegar a su lado,
tras la espera fecunda,
y abrazarle,
porque no me caben las palabras dentro de la boca.

Hoy, calladamente,
ha surgido ante mí el primer hombre de mi vida.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE «EL GABINETE LITERARIO», DON MANUEL PADRON QUEVEDO

Señoras, Señores:

UNAS palabras como iniciación de este acto en representación del Gabinete Literario que lo ha organizado; unas palabras solamente porque el discurso esperado y vivamente deseado corresponde a este gran poeta de España, de universal renombre, académico, don Gerardo Diego, que ha aceptado amablemente nuestra invitación para honrar con su presencia y dar digno remate a estos Juegos.

Hace más de medio siglo —concretamente cincuenta y un años— cuando nuestra ciudad (y la tomamos como referencia por ser lo que diariamente vivimos) era reducida agrupación urbana con la señorial Vegueta y un barrio de Triana que terminaba en las proximidades del Parque, limitado entre las montañas desérticas al fondo y nuestro bello mar a quien incomprendiblemente se le había vuelto la espalda; en esa época de acentuado y emparedado localismo donde sólo a veces centelleaba algún acto social y el mecenazgo de un patricio como el llevado a cabo por don Luis Millares en su mansión, llamada por ello Hogar del Espíritu, ocurrió el milagro. Y, así, prendida la inquietud, al conjuro como siempre de los poetas, se cambió el monótono hoy como ayer para alcanzar la celebración de los Juegos Florales. Y el 10 de Junio de 1910, entre los rojos cortinajes de nuestro primer coliseo se alzó el recinto maravilloso que creara en su visión ideal nuestro llorado pintor Néstor Martín para rendir tributo de admiración y respeto a nuestras mujeres bellas, singulares, y resonaron en el solemne plectro las palabras, hechas arte, de nuestros poetas: del sinfónico Tomás Morales, sonoridad de armonía e imágenes; del lirismo doliente y sufrido de Alonso Quesada. En la tribuna, hierática, la extraña y sugestiva figura de don Miguel de Unamuno.

Ha pasado medio siglo. Nuestras generaciones con dinámico actuar, en ansiedad constante, han llevado nuestra ciudad a su unión con la Isleta en esa dimensión que en la noche, como acabamos de oír a un escritor, la figura como pulsera refulgente sobre negro terciopelo. En esa proyección constructiva las resecaas montañas son hoy solar de alegres viviendas y, con amplitud de visiones y afanes de grandeza, se rompió el cerco para mirar al mar, avanzar sobre él, ponerlo y tenerlo como camino de ilusiones y esperanzas. Sólo faltaba la meta de siempre, la eterna, la que aunque esté soterrada habrá siempre de brotar, la exaltación del espíritu en su forma más expresiva. Por eso, como no hay fuerza que detenga la primavera (hoy aplastada por la angustia de la época y el sórdido materialismo) y ayer ante la pobreza de medios y el dulce vegetar de un cómodo provincianismo), vuelve a encontrarse la evasión necesaria en la fiesta —que es triunfo— de la juventud, la belleza y poesía, en los Juegos Florales.

¡Fuegos Florales! Expresiones extrañas, escepticismos, sonrisas de suficiencia en algunos que nada entregan, ironías en los eternos elementos negativos de la sociedad. Pues sí, señores, ¡Fuegos Florales!: exaltación de la belleza y del espíritu frente a la negación (que es nada); frente a la absorción y presunción del poder material; junto a la evolución y progreso y sobre la angustia y cobarde zozobra de los que viven pensando en las guerras que no dan sino dolores.

Su resultado aquí está: maravillosa aportación de nuestra juventud con su alegre belleza; magna expresión de la pléyade meritisima de más de setenta poetas que han acudido con sus cantos; la representativa asistencia de todos ustedes que es nuestra tierra entera que viene a mostrar su espiritualidad delicada, el alma de Canarias que más que las obras hace imperdurables los pueblos. Por ello nuestra modesta felicitación; nuestra eterna gratitud a los que siempre creyeron y nos prestaron su valiosa cooperación. Y, para las futuras empresas del espíritu, como lema o norma de actuación, la que nos dijera el poeta, que tantas cosas nos ayudó a vencer: «yo sé que hay bravas gentes que desdeñan —el verbo noble y la ideal medida;—para esos pobres seres que no sueñan,— ¡qué pobre cosa debe ser la vida!».

DISCURSO DEL EXCMO. SR. DON GERARDO DIEGO

EL mundo marcha muy deprisa. Lo estamos viendo con asombro, casi con terror todos los días. Todo se desintegra y se vuelve a reorganizar ante nuestros ojos maravillados. La Política universal, en las nacionales y sobrenacionales políticas, entra en un juego de vértigo en el que tanto valen el imperioso acento de rebeldía de los que ayer mismo eran criados o esclavos como el inmoderado espíritu de dominación de los poderosos. Las fronteras avanzan o retroceden con movimiento convulso que en nada se parece al rítmico de segundos del oleaje en la playa o de horas de la respiración de la marea. Los nombres mismos de las naciones, de las patrias —los nombres, lo último que se pierde— se borran y se sustituyen caprichosamente para desesperación de los confeccionadores de atlas y de los alumnos de Geografía. Los insolentes avances de las técnicas, demoníacas más que fáusticas, rasgan los límites máximos de la sensibilidad humana y traspasan las barreras del sonido, de lo imponderable por diminuto y de lo inabarcable por sideral. Ya no hay mundo atómico, ya todo el mundo es «atómico» y el hombre viola los espacios viajando por ellos personalmente y atenta a los cuerpos celestes reservados hasta ahora al vuelo de los ángeles y de los sueños. Nadie puede discretamente adivinar lo que va a ser la vida, la tierra de la generación que nos va a suceder, ni siquiera su configuración inmediata. Todo pronóstico arriesga el ridículo y si la meteorología física ha hecho algunos progresos, la metafísica ni siquiera puede plantearse. Por eso el hombre prudente, curado de espantos, espera con serenidad sin alterarse su ánimo por sorprendente que pueda ser lo que estrenan sus ojos. Y por eso vosotros estais ahí sentados delante de mí sin dar la menor importancia a la subversión que mi presencia aquí supone. Pero si un pintor de brocha, y no de pinceles delicados, puede improvisarse conductor megalómano de su raza y de la humanidad entera —y mientras las testas coronadas sirven de anuncio de los casinos y demás lugares de diversión o perdición—, resulta que ya no hay bastantes Santa Helenas por esos océanos ¿Cómo extrañar que un poeta, un voluntario poeta, asalte el último reducto aún superviviente de la Baja Edad Media, el mantenimiento de unos Juegos Florales? Pensad por un momento en este escándalo. Quien debía estar, si triunfador, en los escaños de los maestros o aprendices cantores de Nuremberga o de Tolosa esperando el signo benévolo de la Reina, si derrotado, cosa mucho más probable en esta tierra de poetas, anónimo en una butaca, perdido entre el numeroso y cultísimo auditorio, se halla en esta tribuna reservada a la palabra grandiflocua de los más altos magistrales de la Retórica, la insigne abuela de los géneros y estudios literarios, acrecentada en la herencia de 25 siglos desde los días de Isócrates. Pero la palabra, la voz de un poeta que tampoco está seguro de merecer este nombre, es, si hermana de la del orador porque Retórica y Poética nacen de la misma raíz, her-

mana pudorosa y habituada a la intimidad, al tono justo para hablar de alma a alma y no a la esplendorosa resonancia de los ámbitos espectaculares. Me cabe, sin embargo, la justificación de que esto no ha sido ocurrencia mía sino decisión de los organizadores de esta brillantísima fiesta, de este Gabinete Literario de Las Palmas, cuyo rumbo y cuya historia son ya tan justamente famosos no sólo en la isla, Cabildo y archipiélago sino en España entera y mucho más allá —a donde quiera que llegaron ecos de sus altas empresas. Vosotros habéis decidido, pues, que no por ser Fulano de Tal sino por ser o querer ser poeta, sea yo el que mantenga este torneo de Poesía

Vamos, pues, a mantener entre todos una hoguera de emoción, la hoguera alumbrada por el fuego de los poetas premiados, la llama inevitable que tenía que arder aquí esta noche porque brotaba y rebrotaba sin cesar de todos esos ojos bellísimos, promotores de poesía y poesía ellos mismos, poesía de fuego y de amor como es toda auténtica poesía. A su luz paradisíaca no va a sernos tan difícil reavivar la liturgia de la Gaya Ciencia y cantar ordenadamente los ideales que irradiados de Aquitania, Provenza y Cataluña han movido amorosamente los corazones y las lirás de toda la clásica, renaciente y romántica latinidad, europeidad y, para decirlo en una palabra justa, aún mejor que occidentalidad, cristiandad. Nacen los Juegos Florales de una tierra clásica y cristianada. Y todo poeta que quiera justar en ellos ha de empezar por hacer profesión de clasicismo. Permitidme una anécdota autobiográfica. Era yo mozo y apenas había publicado un par de libros, más o menos escandalosos en la apariencia ultraica, cuando me presentaron en la Plaza Mayor de una histórica ciudad de Castilla a un poeta mozo, en ella nacido y avecindado. Se le conocía a la legua que era poeta o cosa parecida en el chambergo y la capa, ya por aquellos años en desuso entre la juventud poética y prosaica. Al saber mi nombre, me dio la mano celebrando conocer a un poeta cuyos versos demostraba no serle del todo ignorados. Y enseguida añadió: «Yo también soy poeta, pero no como usted. Yo soy un poeta clásico», a cuya temeraria seguridad yo opuse inmediatamente, tímidamente: «Eso quisiera yo ser». Quizá mi nuevo amigo no se diera entonces cuenta de lo que latía en el fondo de todas aquellas exploraciones poéticas y de cómo se podía aspirar a clásico bajo las más, no sé si insólitas o insolentes, formas y los más desconcertantes tejidos. Clasicismo no es cuestión de molde ni de vocabulario sino de forma interior y, mejor que todo, de fe. Por eso clasicismo y cristianismo se dan la mano, y se encajan como esencias concéntricas.

Fe, Patria y Amor reza el triple perpetuo lema de los Juegos Florales. Pero de esas tres palabras la primera precede a las otras dos porque es la clave y porque sin ella las otras, sus hermanas, no pueden existir. Si bien se mira, la trilogía Fe-Patria-Amor no hace sino reproducir la de las Virtudes Teologales Fe-Esperanza-Caridad. Porque si la Caridad no es más que el Amor cristiano, ¿qué es la patria sino una inmensa Esperanza? Por eso, lo mismo que no bastan buenas obras de caridad sin fe ni hay verdadera esperanza, como dice San Pablo y Santo Tomás repite, sin que nazca de un manantial de fe, tampoco puede haber patria ni amor sin que arranquen de un incesante acto de fe que las vivifique y les imprima carácter. Pues bien, los Juegos Florales son una fiesta de Poesía y la Poesía es hija y a la vez madre de la Fe, de la Patria o la Esperanza y de la Caridad o el Amor. Hija y a un tiempo madre, porque si bien ella no puede nacer sino de un movimiento previo del ánimo que supone la existencia de la Fe en el poeta

y con ella y por ella de sus otras dos hermanas teologales, también es cierto que la poesía, una vez dicha, una vez comunicada, contagia en las almas receptoras su íntima fe, su entrañable esperanza y su encendido amor y por ventura y a más de una la mueve y la despierta al sentimiento y el ejercicio de tan excelsas virtudes.

La poesía es siempre un acto de fe. Alguna vez he dicho que si creer lo que no vimos dicen que es la fe, crear lo que nunca veremos, esto es la Poesía. Fe por parte nuestra, Poesía por parte de ella y como único puente posible el poema que empieza en nosotros y no sabemos dónde termina. Pero sí a dónde va. Y esta sola orientación, esta sola imantación le basta a su equilibrio sucesivo e incesante. La poesía es la fe, es el sí. Y también el no. Porque un sí comporta al dorso un no que es su consecuencia y su sombra exacta. Lo que no puede ser la poesía es el confuso reino del qué sé yo, del poco más o menos y del a mí qué me importa. Eso, a lo sumo, dejémoslo para la Literatura que está obligada a pechar con todo. La Poesía, no. La Poesía afirma, afirma siempre, clásicamente. Pero, me diréis tal vez: ¿no hay una poesía de la duda, no hay poetas de la duda? Según de qué duda. De una duda ametódica y trágica, de un buscar a Dios entre la niebla, claro que sí. Porque acabamos de ver que el poema es el puente que no se sabe dónde termina aunque sepamos a dónde va. Basta que vaya hacia la Fe, hacia Dios, para que la Poesía empiece a producirse. Creer y querer creer, Fe y Esperanza de Fe, se persiguen y llega un dichoso instante en que fatalmente se encuentran, el instante de la Gracia. Por eso no hay Poesía sin Gracia, sin el sí de origen divino de la Gracia, ni poesía, por otro lado, sin Misterio, sin la nube que oculta al mortal la deseada presencia que creemos dibujarse «en esos tus semblantes plateados», como cantó el pájaro solitario de las cinco propiedades.

Querer creer. Creer. Perdonadme que acuda al verso —¿cómo le vais a prohibir al poeta que la prosa se le transforme en verso cuando la palabra, el romper de la palabra le abre una llaga en el pecho?—. El poeta inaugura su poesía, sus versos divinos, que no humanos, porque humanos es poco y divinos es a la vez humanos y divinos—por la misma razón que clásico es a la vez romántico y clásico—, el poeta abre su poesía de fe buscándola, queriendo creer.

QUIERO CREER

*Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
quiero creer.*

*Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,
y limpio de culpa vieja
sin velos te pude ver.
Quiero creer.*

*Devuélveme aquellas puras
transparencias de aire fiel,
devuélveme aquellas niñas
de aquellos ojos de ayer.*

Quiero creer.

*Limpia mis ojos cansados,
deslumbrados del cimbel,
lastra de plomo mis párpados
y oscuréceme los bien.*

Quiero creer.

*Ya todo es sombra y olvido
y abandono de mi ser.
Ponme la vendá en los ojos.
Ponme tus manos también.*

Quiero creer.

*Tú que pusiste en las flores
rocío y debajo miel,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas, frescas de fe.*

Quiero creer

*Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
creo en Ti y quiero creer.*

Esperanza de Fe, que es promesa de Fe. Y en el nacido y educado cristiano, promesa y esperanza y recuerdo. El presente, puente frágil pero seguro entre pasado y futuro y entre futuro y pasado porque el tránsito se hace en los dos sentidos. Y la Esperanza se llama Patria y la Patria, Esperanza, La Esperanza, sí, es nuestra Patria. Somos naturales ciudadanos, súbditos de la Esperanza. Llevamos la bandera de la Esperanza desplegada y avanzamos protegidos por sus ondas y refrescados por la brisa de sus pliegues y despliegues. La Esperanza es nuestra Patria. Y la Patria se nos vuelve todos los días Esperanza. Pasamos todos los días una y otra vez las tablas de su arriesgado puente siempre a punto de hundirse y siempre incólume, y lo pasamos de atrás adelante y de adelante atrás, yendo y viniendo de su historia a su porvenir y de su porvenir soñado a su historia dormida. Qué hermosa Esperanza, Esperanza que un día atónito se le convertirá en Fe de Gracia, qué hermosa Esperanza la Patria, cada Patria, para cada hombre, para cada poeta. La Patria es una y múltiple como la lengua humana es múltiple y una. Y la poesía —Esperanza y Patria hecha ritmo y palabra— es múltiple e intraducible y es, no obstante, una y válida para todo el universo, Patria de las Patrias. No nos acon-

gojemos porque las perspectivas inmediatas sean turbias o cerradas para nuestra Patria o para la Patria común de la humanidad entera, nuestro viejo planeta. No nos amilanemos, poetas, demos nosotros el ejemplo, a imitación del divino Rubén entonando nuevos cantos de vida y esperanza. Ya lo veis, aquellos cantos son, unos optimistas, otros desolados y angustiosos, pero la Esperanza triunfa en definitiva y la Fe no se extingue nunca porque termina por creer el que quiere creer. Y así termina el libro y así concluye la vida de Darío. Y así sigue viviendo y cantando su poesía de Esperanza y de Fe.

Y con la Fe y la Esperanza hecha Patria, la Caridad, el Amor. ¿Se concibe una poesía que no sea poesía de Amor? Ciertamente es inimaginable. El Amor es pasión y la pasión puede envenenarse hasta el odio y la poesía rebajarse hasta la antipoesía. Pero si de verdad hay pasión y voluntad de entrega de hombre a hombre, del hombre a la comunidad humana, el odio será falso, esconderá dentro al Amor como la blasfemia a veces esconde a la plegaria. Es el odio frío, el calculado, el odio del desprecio y la indiferencia, el solo, verdadero enemigo del espíritu poético porque la poesía es Amor, es Caridad: Amor del hombre a Dios, el más alto de todos; Amor del hombre a los hombres, el más ancho; Amor del hombre a la mujer, el más profundo en la entraña del ser, el creador de la ilusión y de la vida. ¿Cómo se puede ser poeta sin amar, sin estar enamorado? Es inconcebible. Por eso todos los poetas, todos los grandes, verdaderos poetas han sido poetas del Amor, se han abrazado en llama de Amor viva. Y cuando no tienen la suerte de ver encarnado el objeto de su amor, lo buscan ansiosamente y esta búsqueda, este amar al amor, a la amada desconocida, que tantas veces suele preceder a su hallazgo, a su encuentro o creación por el amante, esta sed de amar es ya la poesía misma. Porque el amor, el enamorado, no se sacia jamás y aún en la dicha del conocimiento de la amada y de la mutua correspondencia amorosa sigue sintiendo la ardorosa sed de amar más, la inquietud de todo corazón humano enamorado que no descansará, según San Agustín, hasta la posesión del único Amado, el que saciará al fin nuestra sed.

Limitando nuestra consideración al amor humano y dentro de él al amor de hombre a mujer, el único amor completo, y creador entre las criaturas, la poesía universal ha subido a sus más altas cimas en alas de ese amor. Porque aun en el caso del amor místico la figuración y la experiencia y el verbo de sus estrofas ha de tomarlas prestadas al amor de la Esposa al Esposo, al amor de los enamorados, de la eterna pareja siempre nueva que estrena la iluminación de la vida erótica. Y Dante, antes de descender a los abismos y ascender a las cimas de su «Divina Comedia» cantó su amor de niño puramente enamorado, gracias al cual supo luego comprender y vislumbrar y abrirnos los senos de luz de la Rosa Celeste. Y Petrarca, heredero directo de los trovadores de los Juegos Florales, cantó, toda su vida enamorado, los esplendores y los triunfos de la amada. Y Garcilaso, capitán heroico, alisó su verso de seda para cantar su dolorido sentir que nadie le pudo quitar. Y Shakespeare, de cuya vida de hombre ignoramos casi todo, acertó a multiplicarse en las almas y metales de voz patética de sus doncellas y esposas y de sus otros seres de carne pecadora o de impalpable sueño. Y Lope otro tanto, además de abrirnos su corazón tiernísimo para el amor divino y para el amor humano. Y hasta Don Luis de Góngora, el mal supuesto poeta inhumano, vibró a veces hasta los huesos traspasado de amor sensual o transfigurado al fuego del espíritu. Y Quevedo el

grande nunca fue más grande que sacudido por los terremotos del amor pasional. Y Villamediana sublima la entrega amorosa en los sonetos más sumisos y sabidores de amor que se hayan escrito en ninguna lengua. Sin olvidar los de Camoens que no se pueden leer sin lágrimas en los ojos. Ni las rimas de Bécquer que acertó a la mejor definición de la poesía identificándola con el tú de la amada. Ni al rapaz de los ojos vendados que golpeó cuatro y más veces la puerta de Tomás Morales. Ni los poemas creadores de una magia de amor delicadísima, a un tiempo sensual y metafísica, de Pedro Salinas.

Sí. El poeta sabe muy bien cuándo va a ser poeta, cuándo empieza en él el milagro de la transustanciación por el amor y es sobre todo en el momento de la revelación del amor, en el momento de la conquista espiritual de su reino —diremos robándole el vocabulario a Fray Juan de los Angeles—, cuando goza como todo enamorado la suprema fruición de la vida, en él acrecentada porque sabe en el mismo instante que aquello no puede quedar así, que dará su fruto para los demás hombres y para él mismo en un poema que escribirá al dictado de una voz soberana, poema que él no balbucirá sin el más íntimo y febril estremecimiento y que no podrá leer con designio crítico sino renovando cada vez el ya posible milagro de la revelación. Esto es lo que yo he querido y creído vivir y cantar en un soneto de mi «Amor Solo», el soneto «Tuya».

*Ya sólo existe una palabra: «tuya».
Angeles por el mar la están salvando
cuando ya se iba a hundir, la están alzando,
calentando en sus alas: «aleluya».*

*Las criaturas cantan: aunque huya,
aunque se esconda a ciegas sollozando,
es tuya tuya tuya. Aunque nevando
se borre, aunque en el agua se diluya.*

*«Tuya» cantan los pájaros, los peces
mudos lo escriben con sus colas de oro.
T, u, y, a, sí, tuya, tuya.*

*Cantádmela otra vez y tantas veces,
a ver si a fuerza de cantar a coro
—¿Tú? ¿Ya? ¿De veras?—Sí. Yo. Tuya. Tuya.*

Y ahora, llegados a este momento de nuestra glosa y antes de seguir más adelante, ¿cómo no ofrecer a vuestra Graciosa Majestad, Reina de estos Juegos Florales, el tributo de nuestro homenaje y sumisión como vasallos que se sienten orgullosos y felices de serlo? Nuestra Soberana, rodeada de esa Corte de honor que es también corte de amor, reina en las almas, porque en ella se reúnen y cifran las tres virtudes, los tres colores

de la bandera floral: la Fe, la Patria y el Amor. ¿Qué descreído no se tornará creyente al verla, al recibir un mínimo rayo de luz de sus ojos piadosos? ¿Quién no abrirá su pecho a la Esperanza, sabiendo que es una realidad y no un sueño de la imaginación lo que está viendo, comprobando que puede ser verdad, que es verdad tanta belleza? ¿Y cómo no sentir el roce de ala del amor ante la presencia coral de esa constelación de estelares fulgores que rodea el trono de la Elegida, de esa rosa de luz, una y múltiple, que integran las doncellas de la honorable, de la amorosa corte?

Toda esta exaltación que venimos haciendo de los ideales de la más alta y verdadera poesía se comprende, se siente y se comparte mejor que en paraje alguno en esta maravillosa, en esta afortunada isla. «Inmóvil ya para estatua, una isla es una mujer, nueva en las manos del agua». Esta «soleá» me nació aquí, en Gran Canaria, complicada y desarrollada con otras en que se hicieron cintura, escorzo y palma de poesía mis primeras impresiones de canario voluntario y adoptivo, de amante de esta hermosura de paisaje, el de esta isla y el de las otras, vividas también en la súbita y profunda intimidad de unos pocos felices días o desde el rapto del vuelo contempladas a vista de ángel más que de pájaro. Sí, feminidad de la isla para el sentimiento inequívoco del varón, feminidad siempre aguantando el asalto del poderoso océano y sin dejarse vencer por él. Pero para la mujer, virilidad de la tierra redondeada y apretada ante los embates de la mar que, gracias a la maravilla de nuestro idioma, es también femenina. Qué hermosísima naturaleza. Y después de todo, qué pena que los inventos nos la entreguen, al menos en su primera apariencia porque en su esencia profunda hay que amarla ahincadamente a fuerza de vivirla, qué pena, digo, que hoy sea tan cómodo cualquier mirador fijo o móvil para abarcarla y gozarla con los ojos. Mi primera visión canaria fue, como debe ser, desde el nivel del mar, navegando rumbo a América. Después desde el aire. Y fue entonces cuando viniendo de Tenerife disfruté el más espléndido paisaje, el más inédito y casi mitológico que hubiesen gozado mis ojos deslumbrados. No os lo voy a pintar. Vosotros lo haríais mejor que yo. Sólo deciros que tan asombroso panorama corre peligro de no ser valorado justo —no para mí ciertamente— por su misma gratuidad y rapidez. Si al menos pudiésemos gozarlo desde la quietud silenciosa de un globo cautivo.

Mi primera literatura de paisaje grancañario fue la del primer libro de paisajes de Unamuno. Y creedme que siempre sentí envidia de Don Miguel y de aquellos tiempos en que para ascender al goce del Roque Nublo y de su grandioso coro orográfico había que conquistarlo poco a poco a lomo de caballería cuando no en esfuerzo montañoso. Sólo resistiéndose hasta la última loma del puerto para al fin descubrir la enorme entraña de la isla, la emoción de paisaje llega a su colmo y se enseñoorea en su ritmo majestuoso y secreto de todo lo más recóndito de nuestro ser. Ahora la comodidad vertiginosa de la ascensión o la posibilidad de violación de las más verticales perspectivas desde el aire obligan a un esfuerzo de imaginación para acordar nuestro pulso al pulso sosegado del tiempo humano e incluso a la aparente muerte por lentitud de proceso del tiempo geológico, inmutable a la historia de unos ojos de hombre pero patente en la revulsión sublime de cráteres, roques y barrancos. Y en contraste con tan heroicas visiones, la gracia delicadísima y el arrebatado de color en la soberbia africana vegetación que esmalta aquí y allá los repliegues íntimos de cañadas y ramblas. Por eso fatalmente

Gran Canaria tenía que ser tierra de poetas. Si se dieron en todo tiempo, es sobre todo en nuestro siglo cuando la calidad y la abundancia de los poetas de la isla nos la interpretan en su más alta significación visual y en su más soterrado misterio. De ello acabamos de gozar espléndidas pruebas con los poemas premiados. Agustín Millares Sall en su *Cantata a Gran Canaria* demuestra cómo se puede cantar con el acento más hondo sin ser infiel ni a la tradición ni al futuro que ya nos hace suyos desde la orilla del tiempo. Hermoso poema digno de la mejor línea arrebatada y medida que hereda, magnífica y prolonga. Manuel Padorno con sus misteriosas y entrañadas poesías sabe conmovernos delicadísimo. Y Antonio García Isábal, dejando por un momento su vena clásica, se hermana con los mejores poetas anhelantes del advenimiento del hombre nuevo, pero con voz personal y sincerísima.

Maravilloso paisaje de paz. Insula de paz. No de paz en la guerra sino de guerra en la paz, porque la vida humana es tan corta que la guerra telúrica y volcánica aparece como detenida en un ademán de tan lento movimiento que nos parece, que se nos antoja quietud. Paz en la paz. Qué envidia siento de los que vivís en esta paz, aun descontando la matizada y melancólica angustia, el complejo del insular. Aun así me falta para vivir del todo, la experiencia, la vivencia de esta paz de estatua combatida y quietísima. Y ahora sería tal vez oportuno en buena táctica oratoria, aunque sea oratoria académica, que yo entonase un canto a la paz. A la paz se la está cantando todos los días y todos los días se siguen cometiendo crímenes en su nombre, ni más ni menos que en el de la Libertad, puesto que ambas insignes matronas son en realidad inseparables e inconcebibles la una sin la otra. Están por consiguiente bastante desacreditados los cantos de la Paz, pero no tanto los de los poetas, cuando no se meten también a políticos y se alistan en los partidos para obedecer sus consignas, sino los otros, los taimados cantos en prosa de los que pueden hacer todo o mucho para atraer o afianzar la paz entre los hombres porque tienen en sus manos las palancas del poderío. No. Los poetas, los pobres poetas cantan ingenuamente a la Paz, pero no pueden evitar que el armamento aterrador siga creciendo en proporción al invisible pero mucho más peligroso que eriza las almas de los tiranos y de los fanáticos. Sólo la pacificación de los espíritus puede traer la del desarme, puede traer el desarme universal. Suponiendo que se consiguiera por un acuerdo internacional una real abolición del armamento, mientras en los secretos de los corazones rencorosos siguiese alentando el demonio del odio y de la injusticia, en el momento menos pensado las fábricas de la paz se convertirían de súbito en fábricas de la guerra y por uno de esos medios prestidigitadores de que la técnica hoy dispone, las máquinas del bien se convertirían sin más que volverlas del revés en infernales ingenios del mal.

Dicho esto, no hay tampoco que sentirse demasiado pesimista. Y mucho menos tenemos derecho a ello nosotros, los españoles e hispánicos que hemos dado tantas veces ejemplo a los otros de respeto a la soberanía ajena y ejemplo asimismo de proclamación en voz muy alta de la primacía del espíritu en las relaciones entre los Estados y sus pueblos. Reyes y teólogos, juristas y humanistas, conquistadores y libertadores, todos nuestros genios y nuestros héroes más legítimos nos dan el ejemplo de la moderación y del equilibrio entre la natural ambición de mandar y la obligada sumisión al ideal de la paz justa, de la paz entre los hombres de buena voluntad para abrirla.

Ahora bien, la Paz, la Paz universal puede resultar tal vez menos utópica haciéndola concretamente tópica, localizándola y ensanchándola a partir de un centro voluntario. Y esto es lo que posiblemente, probabilísimamente nos está reservado. Para ello contamos como tesoro máximo con un instrumento privilegiado y que es muy propio de este lugar y de esta ocasión ponderar para que nos vaya conduciendo al motivo último de este discurso, contamos con nuestro romance español, el idioma castellano. Se ha discutido ampliamente si debe llamársele castellano o español. Español es nombre obligado que nos viene de los que hablan otras lenguas que lógicamente llaman español a la lengua de España como inglés a la de Inglaterra o italiana a la de Italia. Por otra parte indica la obligatoriedad de conocer, emplear y amar su lengua nacional para todos los españoles, incluso para aquellos que acarician y usan cotidianamente el tesoro conmovedor de su otra lengua regional, el catalán, el vasco o el gallego. Pero precisamente estos españoles por el hecho de sentirse tan españoles como los que no tienen más que una lengua, lamentan que se llame el español al idioma imperial como si el suyo de ellos no lo fuera también, y por eso prefieren que se diga el castellano. Por otras razones, de independencia justísima y de constante recreación del patrimonio común, los hispano-americanos suelen preferir la denominación de castellano para nuestro idioma. Pero esta cuestión en la que en el fondo todos estamos de acuerdo y por eso pasamos según el matiz de cada ocasión a emplear uno de los dos nombres, esta cuestión es secundaria al lado de la necesidad de conservar a toda costa la unidad idiomática.

Y me complace evocar, aunque sea de paso, tan trascendente problema Me permitiréis que ahora hable no sólo el poeta sino el académico obligado por la dignidad de su investidura a velar y defender el esplendor y la unidad de su lengua. Hoy ya el ser académico no supone tener una mente parálitica y vivir engañosamente en un pasado perflúto. Ya hoy no tendrían razón los anatemas de Darío contra las academias, al menos contra las de la lengua. Ser académico puede ser y es de hecho muchas veces ser poeta y hasta poeta futurista que mira más bien al porvenir aunque no pueda evitar el contemplar y estudiar el pasado, único modo de poder navegar con rumbo seguro hacia el horizonte lejano y brumoso. La Real Academia Española, lo mismo que sus filiales o hermanas de América o de Filipinas están en este momento empeñadas en una ardua tarea de proclamación —esto es lo más urgente— del deber de conservar la unidad del idioma, de vencer a Gobiernos, clases dirigentes, estamentos culturales de los respectivos países, y también a los poetas, escritores y profesores, del deber importantísimo de mantener la unidad de la lengua castellana, de estar alerta a toda novedad para aceptarla cuando sea sano y conveniente su uso, de adaptarla enseguida a nuestra morfología o sintaxis o fonética cuando se presente bajo forma insolente neológica o bárbara. Afortunadamente algo, mucho se va consiguiendo con la intercomunicación constante entre las Academias y con los Congresos. En el último de Bogotá los acuerdos que se tomaron fueron ya respaldados con la firma por parte de todos los Gobiernos de las primeras medidas para la protección real y económica de los trabajos iniciados y la promulgación de las leyes consiguientes. No se trata de detener la corriente transformadora. Eso sería necio y además imposible. Pero sí de que esa corriente vaya siempre

por el cauce natural y con el sosiego que permita la transparencia de sus aguas, su profunda limpieza.

Algunas voces se han lanzado en esos Congresos con acentos patéticos poniendo de manifiesto el peligro de que nos abandonemos, ya a la perezosa y derrotista inacción dejando el idioma en manos de sus peores y más irresponsables usuarios, ya a la orgullosa autonomía de cada país, sin intentar antes informarnos mutuamente con urgencia y precisión del estado del uso y de las costumbres autorizadas de los buenos escritores. Por fortuna tales gritos de alarma van dejando su huella en el ánimo de los académicos individual y corporativamente y cada año se estrechan más las consultas recíprocas y las medidas de precaución a la par que se combate en sus últimos reductos a los insensatos propugnadores de la dispersión y fragmentación en lenguas nacionales y plebeyas. Estos últimos suelen moverse impulsados por designios extranjeros a nuestra cultura hispánica, pues saben muy bien, como ahora los delirantes que des cristianizan y des hispanizan a Cuba, que la rebelión plebeya y separatista es uno de los caminos más conducentes a sus fines. Nuestro maravilloso idioma se habla hoy —con unidad que no desmienten las sabrosas y realmente no hondas diferencias regionales o nacionales— por más de doscientos millones de españoles e hispanoamericanos. ¿Y seríamos capaces de perder por desidia tan espléndido tesoro de unidad y de grandeza espiritual?

Espiritual y poética y así vamos a terminar volviendo a uno de los motivos esenciales que hemos recorrido. El elogio de la Poesía. Porque para conseguir del modo más eficaz y más elevado el mantenimiento de la unidad del español y asegurar su esplendoroso porvenir como lengua de entendimiento, de cultura y de expresión estética, contamos con la poesía de nuestros grandes poetas. La lengua la forma el pueblo, pero la fija, la acuña y la ennoblece el decir de sus poetas. La poesía es el lenguaje incorruptible. La poesía cristaliza en la forma, prieta, armoniosa y perfecta y, gracias a la maravilla del ritmo, la palabra poética vive no sólo en el papel sino en el ámbito sonoro y se guarda en la memoria de las generaciones. En las cajas de caudales del idioma, los poemas son las monedas que aseguran el altísimo patrón del sistema en uso y garantizan el fiel contraste de los altibajos y caprichos de cada día. Nuevos poemas se van agregando a los ya consagrados y en ellos la lengua sigue su vida llena de novedades y sorpresas, pero sorpresas y novedades que responden siempre al gusto infalible y a la continuidad suavísima de las aguas sosegadas. Me diréis que también los prosistas —los novelistas, críticos, filósofos, ensayistas, oradores, autores de teatro y periodistas— contribuyen a esta salvación constante del idioma y a esta insensible y nunca interrumpida matización hacia el futuro que asimila y hace suyas las nuevas ideas y los nuevos objetos de la vida en progreso. Así es ciertamente. Pero la poesía es siempre la que rige, la que se adelanta a los cambios justos y necesarios y la que frena con sus pies de música a los descarriados, haciendo sonar en el mármol de su verso la verdad purísima de su metal precioso, manteniendo la elasticidad de sus sílabas y negándose al más mínimo intento de rebajarle un quilate o sustituirle un fonema, porque mientras la prosa tolera múltiples variaciones de palabras sin grave quebranto, sin que la prosa como tal prosa y como vehículo de expresión desaparezca ni sufra daño mayor, el verso, el verso de poesía se viene todo abajo y desaparece en cuanto se le ataca a uno solo de sus átomos. Y si la

prosa es de tal naturaleza que padece en su esencia a la menor sustitución, entences ya no es prosa instrumental sino prosa en sí misma, prosa de poesía y su autor legítimo poeta.

Grandes poetas tuvimos y seguimos teniendo, gracias a Dios, en toda la extensión de lo ganado para la lengua de Garcilaso y de Cervantes. No. Tantos millones de hombres no hablaremos inglés ni francés ni, lo que sería peor, un castellano bastardeado, agringado o lunfardeado por la ignorancia y la estúpida presunción de una cursilería de lacayos o de una no menos estúpida segregación envilecida de bajos fondos frente a la urbanidad humanística y la nobleza del habla labriega. Y por eso entre otras razones, pero esta sola bastaría, la ceremonia que estamos oficiando es algo vivo, actualísimo y no arcaico anacronismo ni mucho menos cursi parodia.

Por eso Salvador Rueda o Unamuno o Maragall han podido mantener Juegos Florales. Y por eso yo he acudido, mínimo poeta, a vuestra llamada con tanta convicción que casi barre hasta los más invisibles rincones los últimos restos de mi inicial vergüenza. Yo no tuve la suerte de conocer a vuestro, a mi entrañable «Alonso Quesada». Pero sí la de ver, ya que no hablar, a Tomás Morales en su última lectura del Ateneo de Madrid y de guardar para siempre el eco dulcemente heroico de su dicción —parece que le oigo los versos de quince sílabas de la «Oda a las glorias de Don Juan de Austria»— y el movimiento elocuente de su busto, cabeza y manos al recitar. Y en cuanto a la gloria máxima de Las Palmas Don Benito Pérez Galdós, con su apellido materno —Galdos— de la misma raíz azpeitiana o azcoitiana que el materno mío, pude verle muchos días soñar con los ojos ya ciegos sentado a la baranda de «San Quintín» en tantas tardes o mañanas de paseo mío ante mi paisaje natal que él amaba tanto como yo mismo, aunque ya en su ancianidad no pudiera contemplarlo ni izar al mástil la bandera para saludar a los barcos que zarpaban o rendían viaje en la bahía santanderina. Le vi también y le aplaudí conmovido salir a escena para agradecer las ovaciones a la lazarilla de Besaya, «Marianela» o las del inolvidable estreno de esa tragedia, toda ella alma transparente de españolía y de poesía, «Santa Juana de Castilla».

Vasconia, Castilla, Canarias. Qué grande es España y qué herencia gloriosa la que nuestros antecesores en la ilusión de la poesía nos han transmitido a todos los que seguimos cultivando análogos surcos y campos. Por eso, yo al cantar un día a mi Castilla milenaria, a mi Castilla la más Vieja, la de Burgos y su marina de Santander, exclamaba:

*¿Cómo queréis que hoy no se conmueva
mi verso de zagal o de monago
si al cantar a mi lengua se renueva,
se remozca y subleva
mi niñez pura en sueños de rey mago?
Nadie elige su cuna.
Mas la mía en un raigón de castellana muela
me bresaba y mi padre aún se adormía
a la aérea porfía
del cuévano nevado de la abuela.*

Bellísima Majestad, señoras y señores, disculpadme estas memorias porque con la vuelta a la niñez la poesía está definitivamente ganada pero el discurso está perdido. Perdido al escaparse por la tangente al infinito. Pero no ha de perderse el espíritu que todos hemos puesto en esta fiesta. Ni en mi memoria ni, confío, tampoco en la vuestra. La Poesía, la Paz y la Esperanza sean siempre con vosotros.

CRONICA DE LOS JUEGOS FLORALES (1)

DESPUES de medio siglo que no se celebraban, han vuelto los Juegos Florales a esta ciudad, organizados por el Gabinete Literario.

Anoche, en el espléndido marco del teatro Pérez Galdós ha tenido su realización brillantísima el suceso artístico en el que el oro de la belleza de la mujer isleña valoró aún más sus quilates con el de la poesía y la oratoria. Fiesta social de gran solemnidad a la que podemos asegurar asistió «todo Las Palmas», ya que en el teatro estaba la sociedad de Las Palmas, perfectamente, unánimemente representada.

Nuestro primer coliseo presentaba un bellissimo aspecto. En el escenario aparecía el trono de la Reina de la Fiesta y los demás sitiales para las damas de su corte de honor. Un hermosísimo cuadro en el que resaltaba el buen gusto.

La fiesta comenzó con la entrada, por la puerta principal del teatro, de las damas de honor: las señoritas María del Carmen Bitini Delgado, Concepción Ley Mesa, María Providencia Quevedo Martinón, María de los Dolores Urquía Cabrera, Ofelia García Gatón Fuentes, Mari Pepa Navarro Doreste, Ana Rosa Betancor Martínez, María Dolores Cossío Martinón, María Angeles Aranda Ramírez, María del Carmen de la Peña Naranjo, Pilar Ramírez Sánchez Parejo, Marily Pedrero Manchado, Mary Carmen Manchado, Sonsoles Delgado Bethencourt, Leticia de la Torre Hernández y Leonor Morales Manrique de Lara, todas las cuales lucían espléndidos vestidos. Ya todas en sus correspondientes sitiales, hizo su entrada la Reina de la Fiesta, señorita María del Pino Marrero Henníng, que daba su brazo al ilustre académico y poeta, Mantenedor de los Juegos Florales, don Gerardo Diego.

La Reina, que lucía un precioso vestido, fue recibida por todos los asistentes puestos de pie, que aplaudieron su aparición.

Se inició el acto haciendo uso de la palabra el Presidente del Gabinete Literario, don Manuel Padrón Quevedo, que pronunció el siguiente discurso.

(Véase el discurso en las pp. 17-18)

Una salva de aplausos premió la intervención del señor Padrón Quevedo.

LOS POETAS PREMIADOS

Seguidamente, el secretario del Jurado calificador de los trabajos presentados, señor Marrero Bosch, dio lectura al acta según la cual resultaron premiados: con la Flor Na-

(1) Publicada en el diario "Falange" el 21 de mayo de 1961.

tural (primer premio), don Agustín Millares Sall, y con el segundo y tercero, respectivamente, don Manuel Padorno y don Antonio García Isábal, quienes se acercaron al trono de la Reina, de cuyas manos recibieron los galardones.

A continuación Agustín Millares Sall dio lectura a su magnífica composición titulada: «Cantata a Gran Canaria», que fue calurosamente aplaudida, y lo mismo hicieron los señores Padorno y García Isábal, que igualmente recogieron los aplausos del público.

DISCURSO DEL MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES

Finalmente, don Gerardo Diego, académico de la Real de la Lengua e insigne poeta, como mantenedor de los Juegos Florales, pronunció un brillante discurso de muy altas calidades literarias, que fue una espléndida lección de lo que es y debe ser la Poesía.

(Véase el discurso del ilustre poeta y académico en las pp. (19-30)

Terminado el discurso del ilustre académico, fue premiado con una muy cálida salva de aplausos.

Luego la Reina de la Fiesta, del brazo del presidente del Gabinete Literario abandonó el escenario seguida de sus damas de honor, con lo que dio fin este brillantísimo acto de los Juegos Florales organizados por el Gabinete Literario dentro de las Fiestas de Primavera que patrocina el Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

* * *

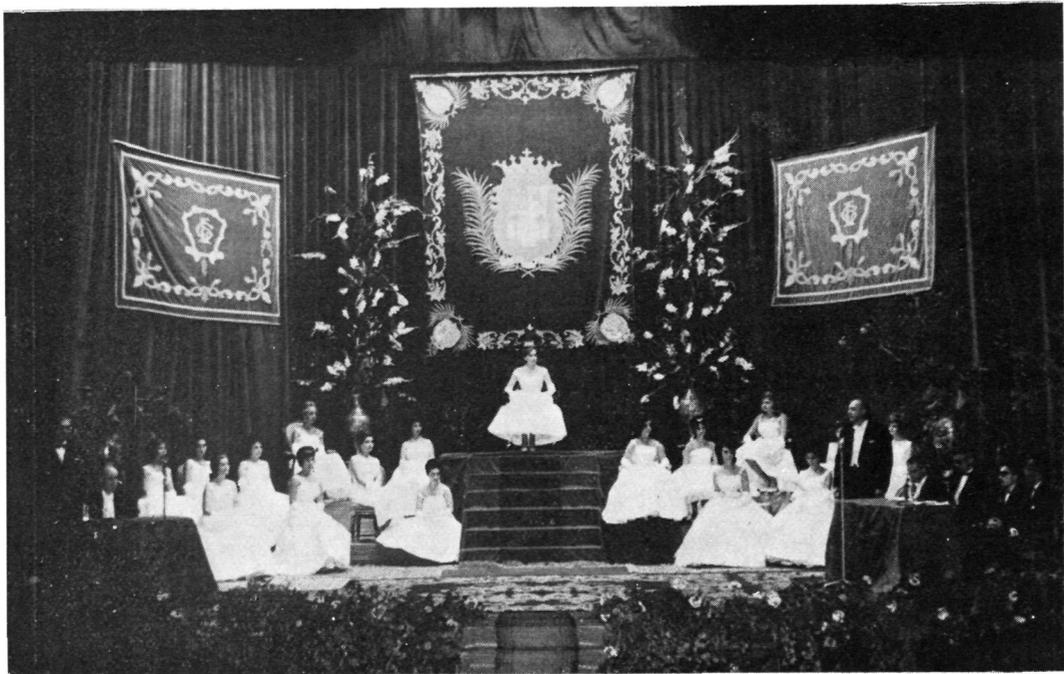
Los concurrentes fueron después agasajados en el Casino con una copa de champán.



En la fiesta celebrada en el Gabinete Literario,
Doña Encarnación Millares Carlo, Viuda de Bosch, designada
Reina en los Juegos Florales de 1910, imponiendo un collar
de perlas a la Reina de los Juegos Florales de 1961, Señorita
María del Pino Marrero Henning, elegida en dicho acto.



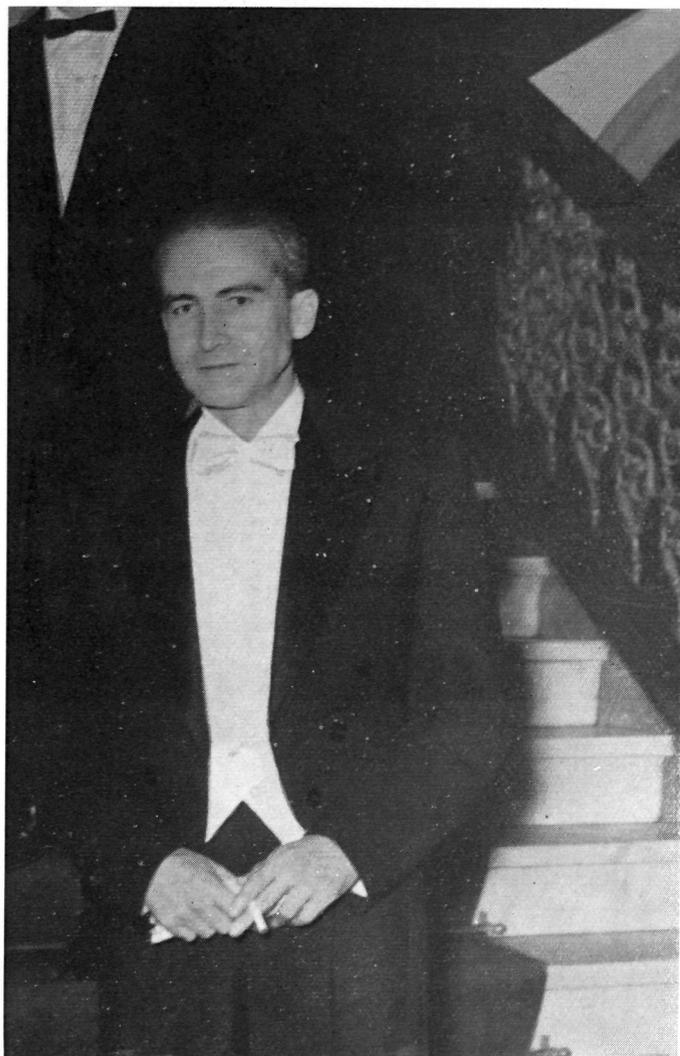
La Reina y las Srtas. elegidas para formar su corte en la
escalera principal del Gabinete Literario



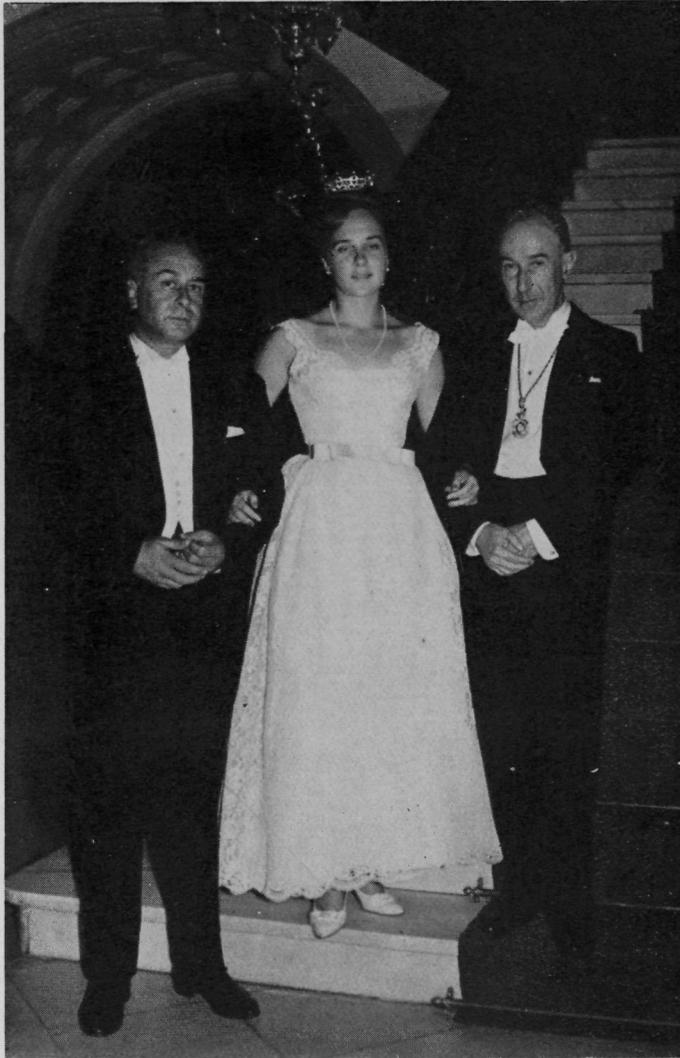
Escenario del Teatro Pérez Galdós durante la celebración de los Juegos Florales



La Reina entregando los premios a los poetas galardonados



D. Agustín Millares Sall, galardonado con la flor natural
por su poema «Cantata a Gran Canaria»



La Reina Srta. María del Pino Marrero, con el Poeta y Académico D. Gerardo Diego y el Presidente del Gabinete Literario

*JUNTA DIRECTIVA
DE «EL GABINETE LITERARIO»*

PRESIDENTE:

D. MANUEL PADRON QUEVEDO

VICE-PRESIDENTE DIRECTOR DE FOMENTO:

D. NICOLAS MARTINON BENITEZ

VICE-PRESIDENTE DIRECTOR DE RECREO:

D. MANUEL PULIDO BETANCOR

SECRETARIOS:

D. PEDRO QUEVEDO PEANO

D. SALVADOR CABRERA ADUAIN DE ZUMALAVE

CONTADOR:

D. MANUEL GUERSI SANCHEZ

TESORERO:

D. MANUEL DE LARA PADIN

BIBLIOTECARIO:

D. JUAN MARRERO BOSCH

VOCALES:

D. CAYETANO GUERRA DE AGUILAR

D. RAMON NARANJO HERMOSILLA

D. JUAN F. APOLINARIO CAMBRELENG

D. LUIS SUAREZ CARDENES

D. PEDRO DEL CASTILLO Y BRAVO DE LAGUNA

*Este folleto sobre los Fuegos Florales
celebrados por El Gabinete Literario
el 20 de mayo de 1961, se acabó
de imprimir en los talleres
de Pedro Lezcano el día
28 de noviembre de
1962. La tirada
fue de 1.000
ejemplares.*